

CREER SIN IMÁGENES

(Semana Santa 2018)

Marcos 11, 1-10

Al acercarse a Jerusalén, cerca de Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles:

- "Id a la aldea de enfrente, y a la entrada encontraréis un pollino atado, que nadie ha montado aún; soltadlo y traedlo. Y si alguien os dice: ¿Por qué hacéis eso?, decidle: El Señor lo necesita, y en seguida os lo devolverá". Ellos fueron, encontraron el pollino atado a la puerta, afuera, en la calle, y lo desataron. Algunos de los que estaban allí les dijeron: "¿Por qué desatáis el pollino?". Ellos respondieron lo que les había dicho Jesús, y los dejaron. Llevaron el pollino a Jesús, pusieron encima sus mantos y Jesús se montó en él. Muchos alfombraban el camino con sus mantos, y otros con ramas que cortaban en los campos.

Los que iban delante y detrás gritaban:

- ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, de nuestro padre David! ¡Viva Dios altísimo!

Cuando Jesús entró en Jerusalén, se dirigió al Templo; y después de mirar todo alrededor, salió hacia Betania con los Doce.

Queridos amigos y amigas:

El medio social ya no “ayuda”, y la Semana **Santa** se ha convertido para tantos en una Semana **laica**. Pero este hecho tiene también la parte positiva: una exigencia de fe más personal. La fe va contra corriente. Quizá cuando la corriente social y sus costumbres reman a favor, la fe puede hacerse rutinaria y el sujeto que cree pone menos de su parte. Ahora toca poner más.

La manifestación

Es parte de nuestra celebración del domingo de Ramos. Ramos y palmas con las que escenificamos los creyentes la manifestación de Jesús aproximándose a Jerusalén. Es una explosión de gente entusiasmada que cree reconocer en Jesús al que *viene en nombre del Señor*, es decir, el Mesías. Pero todo queda en nada. Jesús tiene enfrente no solo a la autoridad romana, más aún a la autoridad religiosa que envidia a Jesús y ve en él una competencia peligrosa.

Pero dejemos volar un poco la imaginación. Tal vez pudo ser todo de otra manera. Una pacífica y valiente demostración del pueblo podía haber convencido a las dos autoridades – judíos y romanos - de seguir a Jesús y ponerse a trabajar para instaurar el que Jesús llama *Reino de Dios*. ¿No reconoció el capitán romano al pie de la cruz, al expirar Jesús: *Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios?* Podía haber ocurrido lo

mismo con Pilatos, el mandatario romano, y con Caifás, sumo sacerdote. Y el Reino de Dios hubiera empezado a ser efectivo, y ser tomadas radicalmente en serio las palabras de Jesús con vistas al nuevo mundo: *Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus magnates las oprimen. No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros que sea vuestro esclavo...* (Mateo 20, 24-26).

En fin, la manifestación quedó en nada. El mundo siguió igual. Y la tiranía del poder acabó aplastando a Jesús.

El Reino de Dios ha ido viniendo en los santos, en todos aquellos que se han puesto a caminar tras Jesús en la fe en el **Resucitado**. Pero el mundo sigue siendo el mundo del que Jesús advertía a los suyos: *Vosotros no sois de este mundo.*

De la muerte a la resurrección

La fe puede dar el salto de la cruz a la resurrección. Pero la **imaginación** no puede. Como decía un antiguo maestro, es preciso aprender a creer sin imágenes. Hay huella de la cruz en la memoria del creyente, pero no de la resurrección.

De Jesús **crucificado** tenemos numerosas imágenes que se corresponden con un hecho ocurrido en el pasado e intentan revivirlo. Son los crucifijos en las iglesias y en muchas casas o en términos municipales de países católicos. Pero no tenemos una imagen fidedigna del **resucitado**. No existe y no puede existir. Lo que han hecho los evangelistas es más bien una sucesión de **contra-imágenes** que veremos desfilar en los días de Pascua: el sepulcro vacío (que paradójicamente invita a creer a Juan), el Jesús-agricultor, el Jesús-forastero, el Jesús-paseante de la playa..., y algunas circunstancias sorprendentes, como la presencia en medio del grupo en la casa sin llamar a la puerta, o el mostrar las señales de las heridas como señas de identidad. Los evangelistas ni siquiera han utilizado los símbolos de la Transfiguración en lo alto del monte, relato del Evangelio que leímos el segundo domingo de Cuaresma. El rostro resplandeciente de Cristo, por ejemplo. Ni símbolos, ni palabras divinas acompañando la escena. Sólo testigos y sus testimonios.

En este sentido la resurrección llama a una fe no sólo **sin ver**, sino a una **fe sin imágenes**. Artistas han hecho pinturas, estatuas o músicas..., pero no hablan, no dicen de la resurrección como un crucifijo habla de la muerte del Señor.

Pablo y algunos cristianos no creyentes de Corinto

I Cor 15, 12...; 35... *¿Cómo andan diciendo algunos de vosotros que los muertos no resucitarán? Si los muertos no han de resucitar, es que tampoco Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, tanto nuestro anuncio como vuestra fe carecen de sentido... Si todo cuanto esperamos de Cristo se cifra en esta vida, somos las personas más dignas de lástima...*

Y Pablo se extiende en un largo comentario e intenta ayudar a la comprensión de sus lectores con una comparación que recuerda la de Jesús - el grano de trigo que cae en tierra y muere para dar fruto -: *Alguien preguntará: ¿y cómo resucitarán los muertos? ¡Tonto de ti! Si tú **siembras** algo, no cobrará nueva vida a menos que antes **muera**. Y lo que siembras no es la planta entera que después ha de brotar, sino un simple grano, de trigo o de cualquier otra semilla. Dios, por su parte, proporciona a esa semilla, y a todas y cada una de las semillas, la forma que le parece conveniente.*

Hay una parte de nosotros que se resiste a **creer**. **Resistencia** de dentro y de fuera, y la fe es una victoria frente a la resistencia (I Juan 5). Vencer esa resistencia depende del peso que ha de soportar la fe o confianza en el que te da su palabra. Si he preguntado por la dirección de la calle y sigo al que me guiado, no fío gran cosa a su palabra, tal vez sólo una parte de mi tiempo. Otra cosa es creer en la palabra del médico, ahí entra en juego la salud. Y así en casos parecidos... Siempre hay alguien al que dar crédito, - la fe se basa siempre en la palabra de otro -, y algo que fiar. Es verdad que la vida nos predispone a la creencia; quien dijo “Pensamos ideas, **vivimos de creencias**” llevaba razón. Creencia sobre todo en el sentido de **confiar** en la **palabra** de otro.

En el caso de Jesús el peso de la fe, lo que hay que **fiar** a su **palabra** – que es la iniciativa de la **gracia** -, es el todo, la entrega de mi vida. Pero a más datos a favor de creer, en forma de hechos, indicios, *signos* (milagros en el Evangelio), datos contrastados, y todas las modalidades en los testimonios de otros que creen, cuanto más apoyo recibe, la libertad de la fe en la palabra misma puede menguar. Y la fe, digo, es precisamente **fiarse** de la palabra de alguien y **fiar** confiadamente algo de mí, incluso a veces la **propia vida**. Se necesita mucha **confianza** para fiar la propia vida, y éste es el caso de la fe en la palabra de Jesús. Hubo signos y hubo sus obras y su modo de hablar. *Nadie ha hablado como este hombre*, decían en una ocasión los policías encargados de arrestar a Jesús (Juan 7, 46). Pero nada de ello bastaría para llegar a donde pedía su palabra, sobre todo ascender al nivel de Jesús, Hijo de Dios, el Primogénito de entre los muertos, y abrazar su proyecto de vida. En otro domingo, después de Pascua, habrá ocasión de valorar la palabra o testimonio de los que han transmitido la **Palabra** de Jesús hasta nosotros.

Bernardo Beny
(Marzo 2018)

LA CITA
Cáliz de salvación

Y dijo: esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Haced esto en conmemoración mía (I Cor 11, 24).

Del mismo modo, acabada la cena tomó el cáliz y dijo: Éste es el cáliz de la Nueva Alianza en mi sangre. Haced esto, cada vez que bebáis de él, en memoria mía. Y Pablo sigue diciendo: Cuantas veces coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva.

Desde tiempos inmemoriales oramos después de la consagración con estas palabras: “Por ello, Señor, recordamos la Pasión salvadora de tu Hijo...” Cristo está en medio de la comunidad. Si somos su cuerpo, él es alma y poder de vida y plenitud de ese cuerpo. ¿Y cómo está él en medio de nosotros? Queremos ser cristianos, y esto no significa llevar un signo de él, sino haber sido **transformados** en él.

El cáliz de la bendición que bebemos, ¿no es la comunidad de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es la comunidad del cuerpo de Cristo?

¿Es el Cristo viviente que está entre nosotros cuando es renovado su sacrificio en el altar? ¿O estamos frente al altar como ante la mesa de un alimento muerto o un don sin vida, tal como entendieron los judíos al decir: *cómo puede éste darnos a comer su carne?* ¡El Cristo vivo en medio de nosotros!

El que come de este pan indignamente –por indigno hay que entender el que carece de amor – o bebe el cáliz del Señor, se hace culpable de haber profanado el cuerpo y la sangre del Señor. Examine pues cada uno su conciencia antes de comer el pan o beber de la copa, porque quien come y bebe sin advertir de qué cuerpo se trata, come y bebe su propio castigo.

Cáliz de salvación significa en el lenguaje de viejos tiempos el santo Sacrificio, la santa Comunión. Porque el Señor bendijo este don. Y de él viene la bendición del Señor.

¡Cáliz de salvación! No es el débil gesto del sacerdote, que sólo puede ser una plegaria. *¡Cáliz de salvación!* No es sólo el amor de madre o el cuidado del padre con sus humanas limitaciones. No es sólo una palabra de deseo como en nuestras tarjetas de felicitación. “Cáliz de salvación” es la fuerza de lo Alto, la prueba del Espíritu y la Fortaleza. Es el cuerpo nuevo: *Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre.* En un tiempo que quiere separar, que quiere desunir pastor y rebaño, que quiere paralizar la conciencia de ser miembro de la Familia de los hijos de Dios, ha de estar en medio de nosotros el “Cáliz de salvación”, no sólo en el altar de la misa dominical, sino a diario: *Venid a mí todos los cansados y agobiados.*

Sí, somos *un* pan, somos *un* cuerpo todos los que participamos de *un* mismo pan. ¿Participamos? Entonces se constituye el *nuevo cuerpo*.

G. W. Rudolph